

VIGENCIA Y ACTUALIDAD DEL IDEARIO POLÍTICO Y FILOSÓFICO-CULTURAL DE JOSÉ MARTÍ, APÓSTOL DE NUESTRA AMÉRICA

Rita María Buch Sánchez¹
Universidad de La Habana, Cuba

Fecha de recepción 4 de febrero de 2013; fecha de aceptación 17 de abril de 2013. El artículo es fruto de un proyecto de investigación desarrollado en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Resumen

No exageraba el insigne poeta cubano, José Lezama Lima, cuando expresaba que “Martí es un misterio que nos acompaña”. Ese indescriptible y atractivo misterio es el que nos hace a los cubanos y latinoamericanos volver una y otra vez la mirada sobre el actuar y la obra del apóstol de nuestra América, en busca de respuestas sobre nuestro pasado, presente y futuro. Muchas y destacadas personalidades de la cultura hispanoamericana, han incursionado sobre el significado de la vida y obra de quien fuera el precursor del modernismo en la literatura de nuestro continente. Ellas, en acercamiento constante a la vida y obra del Maestro, a través de su pluma han contribuido a develar ese misterio. Pero aun así, el pensamiento martiano sigue siendo inagotable en nuestros días.

Palabras clave

Apóstol; Universalidad; Misterio; Vigencia; Actualidad

Abstract

The great Cuban poet, Jose Lezama Lima, wasn't overstressing

1. Es doctora en Ciencias; doctora en Ciencias Filosóficas; académica titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Profesora titular y principal de Historia de la Filosofía, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana, Cuba. Contacto: rita@ffh.uh.cu



when he stated that “Marti is a mystery that keeps us company”. That unspeakable and appealing mystery is the one that makes us –Cubans and Latin-Americans– turn our sight, time and time again, to the acting and the work of the apostle of our America, in search of answers about our past, present and future. Many personalities of the Hispanamerican culture, have made incursions pursued the meaning of the life and work of Marti. They have contributed to unveil that mystery.

Keywords

Apostle; Universality; Mystery; Topicality; Validity

No exageraba el insigne poeta cubano, José Lezama Lima, cuando expresaba que “Martí es un misterio que nos acompaña”. Ese indescriptible y atractivo misterio es el que hace a los cubanos volver una y otra vez la mirada sobre el actuar y la obra del apóstol de Cuba y de América Latina, en busca de respuestas sobre el pasado, el presente y el futuro. Y es únicamente mediante esa búsqueda incesante, que se puede lograr un acercamiento en aras de develar el enigma sobre el “misterio” de Martí.

Solo un amor infinito e incondicionado hacia el legado del apóstol, permite un acercamiento sencillo, respetuoso y profundo, a ese “poeta de la aurora, que supo escribir con ternura y maestría para los niños, y a la vez, preparar la guerra popular que acabaría con los últimos residuos de la España colonial en América (...)”.²

Muchas y destacadas personalidades de la cultura hispanoamericana, han incursionado sobre el significado de la vida y obra de quien fuera el precursor del modernismo en la literatura latinoamericana. Y son precisamente las opiniones más autorizadas y respetadas sobre el apóstol, las que permiten valorar en su total dimensión la universalidad de quien fuera, el “hombre más puro de nuestra raza”³ y “uno de los espíritus más libres que ha conocido la historia, sin duda, el más puro de todos ellos”.⁴ Así, Gabriela Mistral y Ezequiel Martínez Estrada, junto a otros destacados intelectuales

2. A. Hart Dávalos, *José Martí. Apóstol de nuestra América*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, p. 18.

3. G. Mistral, Prólogo, en J. Martí, *Versos sencillos*, La Habana, Secretaría de Educación, 1939, p. 34.

4. Ezequiel Martínez Estrada, *Martí revolucionario*, t. I, La Habana, Casa de las Américas, 1967, p. 151.



latinoamericanos, como Rubén Darío y Manuel de Jesús Galván, nos acercan a Martí, y a través de su pluma han contribuido a develar ese misterio.

En el caso de Cuba, se podría afirmar que no ha habido un gran escritor más estudiado e investigado por destacados hombres de letras, que José Martí. Las más afamadas personalidades, en el ámbito intelectual, han hecho de su vida y obra, objeto especial de atención. Así, desde Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Medardo Vitier, Emilio Roig de Leuchsenring y Gonzalo de Quesada, hasta Julio Antonio Mella, Medardo Vitier, Raúl Roa, Blas Roca, Juan Marinello, José Antonio Portuondo, Cintio Vitier, Carlos Rafael Rodríguez, Mirta Aguirre, Julio Le Riverend, Roberto Fernández Retamar y Armando Hart, entre muchos otros, han enriquecido particularmente con sus estudios y escritos, el conocimiento inagotable sobre la vida y obra del Apóstol.

En aproximación constante, ellos han contribuido a valorar su pensamiento, delimitar etapas en su vida y obra, profundizar en los elementos fundamentales de su ideario, y en fin, dibujar su imagen de la manera más completa. Pero aun así, el pensamiento martiano sigue siendo inagotable. Aquí radica parte del misterio de Martí.

Por su parte, el destacado *intelectual* revolucionario cubano Armando Hart Dávalos, digno heredero de la más auténtica tradición electiva de la filosofía cubana y universal, apropiándose del método socrático, a través de preguntas y respuestas, hace fluir su pluma con desenfreno, para mostrarnos a ese Martí humano e integral, cuando se pregunta:

“¿Quién fue este amante profundo de las letras y de lo bello?”⁵

“¿Quién fue este maestro, periodista y combatiente político que de manera infatigable estudió, leyó y escribió sobre todo lo humano que ocurría en el mundo de su tiempo?”⁶

“¿Quién fue este hombre que proclamó: Yo soy bueno y como bueno / Moriré de cara al sol?”⁷

“¿Quién fue este artista y pensador que hizo exclamar al novelista dominicano Manuel de Jesús Galván, cuando lo vio en su tierra: He aquí lo que faltó a América hasta ahora, el pensamiento a caballo?”⁸

5. A. Hart Dávalos, Ob. Cit., Ed. Cit., p. 15.

6. *Ibid.*, pp. 15-16.

7. *Ibid.*, p. 15.

8. *Ibid.*, p. 16.



“¿Quién fue este humilde hijo de un celador valenciano y de una madre canaria, que supo organizar esa guerra y, a la vez, amar intensamente a España?”⁹

“¿Quién fue ese hombre, a quien críticos especializados de España calificaron como uno de los más importantes prosistas de su época?”¹⁰

“¿Quién fue aquel cubano que resultó capaz de describir y detallar, con las mejores armas del idioma, tanto los sucesos de Chicago como los más importantes descubrimientos científicos del mundo de entonces?”¹¹

“¿Quién fue aquel hombre de los versos sencillos fulgurantes y diáfanos, capaz, a su vez, de escribir páginas inolvidables sobre los principales personajes de la historia, la política, la literatura y la ciencia de su tiempo...?”¹²

En su libro *José Martí. Apóstol de nuestra América*, podremos encontrar las claves esenciales para responder a estas interrogantes y a muchas más, por cuanto su visión sobre Martí representa el inmenso aporte de un martiano auténtico y genuino, al conocimiento, comprensión y divulgación del pensamiento de José Martí. Esta obra constituye su auto-respuesta al mensaje que expone en sus páginas cuando expresa:

“Los cubanos tenemos, todavía, un deber con el mundo, mostrar con mayor precisión quién fue José Martí, el más profundo y universal pensador del hemisferio occidental” (...) ¹³“Alcanzó en un grado superior virtudes que podemos representar en tres ideas: amor, inteligencia y capacidad de acción. Todo ello forjado por una indoblegable voluntad creadora y humanista” (...) ¹⁴“Lo ético en Martí no fue solo un conjunto de principios teóricos divorciados de la transformación práctica del mundo. Tuvo como divisa y raíz su condición de luchador político atento a su circunstancia, sin estrecheces que mermaran su condición de soldado de la humanidad”.¹⁵

Damos las gracias a este martiano de una sola pieza, por compartir con los lectores el fruto de sus profundas meditaciones y por su alto sentido de la ética y la justicia, que lo aproximan al apóstol en abrazo fraterno. Recibimos con beneplácito su invitación, plasmada en este bello libro, “a los estudiantes, profesores e investigadores que andan

9. *Ibíd.*, p. 18-19.

10. *Ibíd.*, p. 15.

11. *Ibíd.*, pp. 16-17.

12. *Ibíd.*, p. 18.

13. *Ibíd.*, p. 20.

14. *Ibíd.*, p. 19.

15. *Ibíd.*, p. 26.



por el mundo buscando los caminos para marchar hacia el futuro, a seguir la pista de su genio (...).¹⁶

Por su parte, el inolvidable y acucioso investigador martiano Cintio Vitier, refiriéndose a la época en que el apóstol arribara a los quince años, expresa lo siguiente:

“Primogénito de una familia pobre, de padres españoles inmigrantes, a esa edad ya era cubano completo, desde la raíz telúrica hasta la flor al-tiva. Quizás por eso creyó siempre en el espíritu de la tierra, al que atribuyó consecuencias y resonancias históricas, extensivas incluso hasta la raza extinguida (...). En su sentir, las almas que llenaban el aire de la isla irredenta, clamaban por justicia con no menos fuerza que sus prójimos y contemporáneos. La contemporaneidad de los mártires, nada tiene que ver con la línea divisoria entre la vida y la muerte: es una contemporaneidad moral en la injusticia que solo puede ser compensada por el sacrificio voluntario. Así lo intuyó Martí desde edad tan temprana como los nueve años, cuando frente al cuerpo de un negro ahorcado, en la zona del Hanábana, donde estuvo ayudando a su padre en los papeles del cargo de Juez Pedáneo, juró lavar con su vida el crimen”.¹⁷

En ese mismo sentido, Ezequiel Martínez Estrada afirma que:

“El destino personal de Martí es una prolongación del destino familiar y este lo es del destino nacional. Los antiguos mitos lo reconocían así. Toda la vida de Martí es epítome de la historia de Cuba; por eso su biografía puede ser leída hermenéuticamente, como mitologema, relato personal de una generación histórica. (...) El sino de Cuba gravita sobre las familias de emigrados, criollos y desterrados y, como en las leyendas épicas, el primogénito recibe la herencia de su ananké: es el receptáculo de la Némesis tribal. Todo se articula y configura con un sentido cerrado de tragedia y de inevitabilidad”.¹⁸

Con razón Cintio Vitier, al referirse a lo que significó para Martí la experiencia del presidio en sus años juveniles, ha expresado que:

“(...) le hizo conocer, sin paliativos ni disfraces, la injusticia básica e irremediable del sistema colonial, injusticia que en él, además, resonó hasta planos trascendentes. Diríase que esta experiencia lo marcó al rojo vivo,

16. *Ibíd.*, p. 21.

17. C. Vitier, *Vida y obra del apóstol José Martí*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2006, p. 13.

18. E. Martínez Estrada, *Ob. Cit. Ed. Cit.*, p. 43.



como a un esclavo de la libertad. Esa marca indeleble lo condujo a Dos Ríos (...) A la cara adorable de la patria se opone su cara profanada y ultrajada, que es la colonia. Martí en las canteras la mira de frente y experimenta, mezclado al horror y a la indignación un extraño júbilo de vencedor: se siente libre de odio (...) Allí, encadenado, descubre la libertad del espíritu, la sustancia del bien y el sentido del sufrimiento”.¹⁹

Martí devela la contradicción principal de la filosofía política en Cuba y en América Latina, fenómeno que mantiene su vigencia en muchos territorios, hasta el día de hoy. Contradicción principal que gira en torno a la independencia de nuestros pueblos, primero del imperio español y después del imperialismo norteamericano. Su ensayo *Nuestra América* y la carta inconclusa a Manuel Mercado dan cuenta de ello.

Con asombroso espíritu premonitorio, Martí advierte en el primero de estos textos:

“El continente descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu”.

“Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros -de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborígen-, por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos”.²⁰

19. C. Vitier, Ob. Cit. Ed. Cit., p. 15.

20. J. Martí, *Nuestra América*, en Obras Completas, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 v., t. 6, p. 19.



El programa ético-político de Varela y Heredia, enraizado en una cultura electivista de los sentimientos y un pensamiento creador, continuado por Luz y Caballero en la preparación de la Generación del 68 y enriquecido en la gesta emancipadora, devendrá premisa inmediata que Martí asume y elabora creadoramente en las nuevas condiciones históricas.

Según el profesor e investigador Rigoberto Pupo, la generación del centenario asume este legado y lo convierte en realidad concreta. Con ello, la nación en sí deviene nación para sí con su correspondiente cultura del ser y la resistencia, como condición de la preservación y desarrollo de la identidad nacional cubana.²¹

Y es que Varela simboliza la existencia cubana hecha conciencia y postula un sentido nuevo de pertenencia solo lograble con la independencia absoluta. Una cubanía sin límites, capaz de penetrar las sucesivas generaciones y dotarlas de los medios ético-políticos necesarios para la cristalización y defensa de la identidad nacional. Porque el presbítero y Maestro, que al decir de Luz, *nos enseñó primero en pensar*, forjó un ideal ético-político auténtico capaz de trascender su presente histórico y servir de premisa al porvenir. El ideario independentista de la revolución de 1868 lo concreta y lo desarrolla. Martí lo afirma, continúa y sintetiza en un nivel superior que refleja nuevas condiciones históricas, donde independentismo y antimperialismo se imbrican en un solo haz para preservar la identidad nacional.

Como afirmara el destacado intelectual cubano José Antonio Portuondo, Martí, hombre genial, fue más allá de su clase y puso las bases de la nación para sí. Su concepción radical de la república futura –una, cordial y sagaz, con todos y para el bien de todos– en la cual la aspiración suprema había de ser la dignidad plena del hombre, por encima de las clases y de las razas, lo enfrentó al egoísmo reaccionario de autonomistas y de anexionistas, decididos a conservar su dominio de la tierra y de la economía insulares, aliados a España o a los Estados Unidos.²²

Así, el latinoamericanismo martiano deviene concreto en la medida que encauza una posición antimperialista, pues la independencia de Cuba y América Latina estaba desde entonces amenazada por la rapacidad imperialista. Por eso expresó:

21. R. Pupo, *Identidad, emancipación y nación cubana*. Editora Política, La Habana, 2001.

22. José A. Portuondo, *Cuba, nación para sí*. En la obra del propio autor: *Crítica de la época y otros ensayos*. Universidad Central de las Villas, s/f.



“El arbitraje sería cosa excelente, si no hubieran de estar sometidas las cuestiones principales de América, que han de ser dentro de poco, si a tiempo no se ordenan, las de las relaciones con el pueblo de los Estados Unidos, de intereses distintos en el Universo, y contrarios en el Continente a los de los pueblos americanos(...)”.²³

Estas ideas han trascendido su época y poseen vigencia total en la actualidad. El anticolonialismo y el antimperialismo martianos, continúan encauzando el porvenir de América Latina y constituyen el núcleo central del ser esencial de nuestra América, de su identidad como pueblo y región.

Por eso, Juan Marinello, fecundo investigador de la obra martiana, pudo afirmar que:

“(...) el impulso creador de Martí no se murió en él porque es una resonancia y una continuidad, porque puso su voz en la impaciencia noble de los hombres y, apasionadamente, en el destino de sus pueblos. Por largo tiempo todavía, mientras subsistan las realidades primordiales que contempló, su advertencia será oportuna y fecunda. Y después, cuando hayan sido cambiados por otros mejores, todavía tendrá vigencia su lección de preguntar al hombre americano –con virtud artística– cuál es su pesadumbre y hacia dónde apunta su esperanza”.²⁴

Esta vigencia del ideario filosófico, político y cultural de José Martí, no excluye en modo alguno, la concepción sobre el apóstol como figura culminante y paradigmática de la tradición filosófica cubana electiva del siglo XIX.²⁵ Por el contrario, en Martí, su democratismo revolucionario y antimperialista fue más lejos, en un proceso de continuidad y ruptura, al estar sustentado sobre su cosmovisión integradora de la realidad. Por eso pudo unir a todos los cubanos y liderar la guerra de 1895, con todos y para el bien de todos.

Al mismo tiempo, el electivismo asumido por Martí en su filosofía, rasgo característico del pensamiento cubano del siglo XIX, constituye una posición metodológica que con espíritu identitario, sabe elegir lo mejor del pensamiento universal, integrarlo con lógica coherencia

23. *Congreso Internacional de Washington II*. La Nación. Buenos Aires, diciembre 20 de 1889. Nueva York, noviembre 2 de 1889, en J. Martí, *Obras Completas*, Ed. Cit., t. 6, p. 55.

24. J. Marinello, *Martí escritor americano*, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1962, p. 292.

25. R. M. Buch Sánchez, *Aprebensión de la Historia de la Filosofía con sentido ético-cultural. Su concreción en el pensamiento cubano electivo*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 2011, Cap. VIII, ep. 4, pp. 341-355.



al discurso filosófico y revelarlo creadoramente a nuevas realidades y contextos. Eso hizo Martí... y mucho más.

En Martí, la filosofía permanece como un entramado invisible –aunque perceptible– en toda su obra escrita, tanto en verso como en prosa. Hay tanta filosofía en su exquisito ensayo *Nuestra América*, paradigma de ese género literario fundado por Montaigne, como en su conmovedor poema *Los zapaticos de Rosa*. Toda la obra literaria martiana está impregnada de filosofía. Y no es que Martí sea una excepción de filósofo, que se haya destacado en el campo de la literatura. Existen otros ejemplos, que a lo largo de la Historia de la Filosofía, han desplegado su concepción del mundo a través de bellas creaciones literarias. Por solo mencionar uno, cabría citar la obra literaria de Platón, en la cual, si quisiéramos determinar qué es lo que prevalece en ella, si la literatura o la filosofía, sería difícil dar una respuesta inequívoca, pues ambas se integran bellamente en sus diálogos, los cuales constituyen obras maestras de la literatura universal y a la vez, textos de elevado rigor filosófico. Sin embargo, en Platón, sí observamos un sistema filosófico expuesto a través de sus diálogos, cada uno de los cuales, prácticamente está dedicado a una virtud moral específica. En cada diálogo se imbrican elementos de ontología, gnoseología, ética, política, psicología, pedagogía, etc., los cuales constituyen en su conjunto, un sistema en el que orgánicamente todos ellos se interpretan. Un ejemplo de esto, lo encontramos en el diálogo *La República*, donde el pensador expone su teoría sobre el estado e intenta buscar la definición del ideal de *justicia*, la cual, a su juicio, debe cumplimentarse primero a nivel individual, en el alma humana, para después lograr su proyección ampliada a nivel social, es decir, en el estado. En tal sentido, para Platón, ese ideal de justicia, estaba íntimamente relacionado con la idea del “bien”, idea divinizada que corona lo que él denomina el “Mundo de las Ideas”, idea que solo los filósofos pueden aprehender, a partir de ciertas aptitudes innatas y apoyados en una determinada preparación para su comprensión.

Por su parte, Martí como filósofo, despliega una concepción del mundo no sistémica, aunque profunda, integradora y electiva.

Como expresara Cintio Vitier en su bello, profundo y enjundioso estudio sobre el Apóstol:

“Pasamos sin sentirlo de su prosa a su verso, de su palabra a la acción, de su vida pública a su intimidad; podemos estudiar su doctrina política, filosófica, educativa, poética, crítica y aún estilística, como un todo continuo.



Cuando nos habla de la sociedad nos dice las mismas cosas que cuando nos habla del poema. No hallamos en él fisura, y no acabamos nunca de ver todos los aspectos de su rostro, que sin embargo nos mira desnuda y sencillamente a los ojos”.²⁶

He aquí la esencia de la universalidad del pensamiento martiano, que corrobora el rastro filosófico de su obra. Y es por esto que Martí no pertenece solamente a los cubanos, sino a nuestra América toda; a la vez que supo divertir a los niños y educarlos en los más puros valores humanistas, supo advertir a tiempo el peligro que se cernía sobre los pueblos latinoamericanos, a medida que el gigante se convertía en imperio.

Usualmente, los grandes escritores universales son conocidos por sus lectores durante la juventud, cuando por la vía de la enseñanza en las escuelas, o por interés autodidacta, son leídos y estudiados, despertando gran interés, especialmente durante la adolescencia.

Con Martí, no ocurre así. Si le preguntaran a cualquier cubano, cuál es el mejor libro que se ha escrito en la América hispana para niños, en todos los tiempos, prácticamente todos coincidirían en responder que ese libro es *La Edad de Oro*. Cada niño que aprende a leer, tarde o temprano leerá este libro, si no es que aprende a leer con él, y de este modo, como en una relación filial, beberá esa agua fresca y pura del manantial inagotable que brota del Apóstol, como de roca cristalina, y por esta vía, podrá hacer suyo desde los primeros años, un pensamiento orientado al bien común, que destila bondad y que en cada cuento o poema, encierra verdades universales bellamente expuestas, tales como el valor de la amistad y la solidaridad entre los seres humanos; la necesidad de luchar contra la injusticia a nivel individual y social; el valor de la inteligencia ante la fuerza; el disfrute de dar a los demás en lugar de recibir; la importancia del respeto a los patriotas y próceres de la independencia de América y, en fin, todo lo noble y bello que puede aprender un ser humano desde la niñez.

Particularmente en Cuba, Martí es muy conocido como escritor y los niños, desde pequeños, aman su lectura con especial preferencia. Al crecer, son muchos los que, inspirados en las enseñanzas del maestro, inclinan su actuación a la ética de su doctrina. Pero el Martí filósofo es poco conocido, aún en nuestros días.

Sobre la filiación filosófica del apóstol, íntimamente relacionada con la explicación de por qué en Martí, su arista filosófica no ha

26. Cintio Vitier, Ob. Cit., Ed. Cit. p. 23.



sido agotada o suficientemente abordada –a pesar de haber sido su obra tan estudiada por acuciosos investigadores– cabría acotar lo siguiente: Martí ha sido el mayor filósofo cubano de todos los tiempos, pues con magistral síntesis, supo integrar lo mejor del pensamiento filosófico universal, con lo más puro y genuino de la tradición filosófica electiva del pensamiento cubano del siglo XIX (Caballero, Varela, Saco y Luz). Naturalmente, los que han seguido de manera usual, la visión tradicional de la filosofía, como ciencia general y sistemática, conformada por una ontología, gnoseología, axiología, etc., como partes de un sistema, bien definidas y estudiadas por separado, de seguro no han de compartir este criterio. Sin embargo, ya Medardo Vitier en su conocida obra: *Martí. Estudio integral*, y Jimenes-Grullón, en su libro *La filosofía de José Martí*,²⁷ muestran fehacientemente, el carácter de cosmovisión del pensamiento martiano; es decir, que en su discurso, tanto ensayístico, como poético, están presentes los eternos problemas filosóficos: la relación hombre-naturaleza; el tema de la vida; la muerte; los problemas religiosos, éticos, políticos, etc.

Por otra parte, no es posible olvidar la riqueza del discurso filosófico de Martí, que, al decir de Julio Le Riverend mediante bella paradoja, ve con las palabras y habla con los colores.

Como ya se ha anotado antes, a pesar de lo mucho que se ha escrito sobre Martí, la arista filosófica de su pensamiento no ha sido agotada.

Sobre esto, el Dr. Rigoberto Pupo, ha advertido con acierto:

“(…) el ideario filosófico de Martí ha sido insuficientemente investigado y existen pocos trabajos al respecto. Esto se debe en gran medida a que Martí, en tanto tal, no fue un filósofo profesional, no existe en su obra una filosofía sistematizada a manera de los tratados filosóficos tradicionales. Por otra parte, la existencia de determinados prejuicios y esquemas en cuanto a la determinación de la filiación filosófica del Maestro ha contribuido también a que se soslaye tan importante perfil de su pensamiento (...) Un análisis acucioso y profundo del pensamiento de José Martí, revela la existencia de una filosofía, o un ideario filosófico que adquiere determinaciones concretas en la política, la economía, la ética, la estética y el arte, la cultura, la historia, la pedagogía”.²⁸

27. J. I. Jimenes-Grullón, *La filosofía de José Martí*, Dpto. de Relaciones Culturales, Universidad Central de las Villas, 1960.

28. Rigoberto Pupo, *Identidad y subjetividad humana en José Martí*, Edit. Universidad Popular de la Chontalpa, Tabasco, México, 2004, p.p. 27-28.



Esta apreciación, merece ser suscrita plenamente. Efectivamente, puede afirmarse que, en general, Martí como filósofo ha sido poco estudiado y son dos las razones fundamentales que explican este hecho irrefutable: 1) la filosofía en Martí no tiene un carácter sistémico, por cuanto se desliza y manifiesta esencialmente a través de toda su obra literaria y política; y 2) la existencia de determinados prejuicios y esquemas en cuanto a la determinación de la filiación filosófica del Maestro, ha contribuido también a que se soslaye tan importante perfil de su pensamiento.

La primera de estas dos razones resulta irrefutable: en Martí la filosofía no presenta un carácter sistémico.

Sobre la segunda, relacionada con la existencia de determinados prejuicios en la filiación filosófica del maestro, debe acotarse que estos prejuicios, a su vez, parten de dos factores.

El primero de ellos está relacionado con aquellos pensadores que continúan sosteniendo el criterio según el cual, “hacer historia de la filosofía es hacer teoría del conocimiento”, criterio esencialmente reduccionista. Desde el punto de vista de estos pensadores, en Martí, no se podría hablar de filosofía y mucho menos de filiación filosófica.

El segundo factor que incide en este hecho radica en que algunos investigadores de la obra martiana, al valorar su filosofía, intentan encasillarla en posiciones fijas, tales como el idealismo objetivo, o el espiritualismo extremo.

La existencia de prejuicios en cuanto a la determinación de la filiación filosófica del Maestro, ha contribuido también a que se soslaye tan importante perfil de su pensamiento. Cuando se analiza integralmente la cosmovisión martiana es evidente que no se puede afirmar por ejemplo, que es Martí un materialista consecuente. Pero tampoco se puede afirmar que es un idealista extremo, como en muchas ocasiones se le ha valorado. Tampoco se le pudiera valorar como un espiritualista, si se tiene en cuenta su importante definición sobre la “naturaleza”. Si hubiera que ofrecer, desde las perspectivas que brinda la historia de la filosofía, una definición sobre la filiación filosófica del Maestro, pudiera definirse como un auténtico heredero de la filosofía electiva cubana, continuador e integrador de la tradición del pensamiento decimonónico, que parte de la línea iniciada por José Agustín Caballero a finales del siglo XVIII y es continuada por Félix Varela, José Antonio Saco y José de la Luz, la cual cierra brillantemente con Martí, quien manifiesta en su cosmovisión, elementos de espiritualismo, combinados con una concepción del mundo esencialmente deísta, matizada de ciertos elementos panteístas.



No es secreto que el panteísmo fue el arma fundamental de la modernidad contra la inquisición en la filosofía moderna, desde los inicios del Renacimiento. Si bien el panteísmo históricamente surgió en la Antigüedad –por ejemplo, el Estoicismo de Zenón en el marco del pensamiento helenístico–, se impuso de modo general como concepción del universo, en mayor medida, en el siglo XVII y en ese contexto se distinguen dos figuras que constituyen paradigmas.

Una de ellas fue el italiano Giordano Bruno, quien pagó con su vida, el concebir que Dios como inteligencia superior no existe al margen de la naturaleza, sino que penetra y vivifica la materia inerte e infinita, lo que explica la animación universal que se observa en el universo. Por sus ideas panteístas, fue quemado vivo en 1600 por la inquisición,

Otra figura clásica del panteísmo holandés Benito Spinoza, quien fue excomulgado por la sinagoga judía a mediados del siglo XVII, debido a sus postulados filosóficos y por promover el libre-pensamiento y la tolerancia religiosa. Ha sido una de las personalidades más maltratadas por la historiografía, en lo que a filosofía se refiere, pues a partir de su presupuesto teórico esencial que parte de reconocer la existencia de una sola realidad sustancial, que se expresa como Dios y como Naturaleza al mismo tiempo, desechaba toda posibilidad de concepción creacionista del mundo, sobre la base de una consecuente postura monista-materialista. Similarmente a lo planteado por Bruno, según Spinoza, no existe un acto de creación del mundo por Dios, a partir de la nada. Por el contrario; la sustancia, es aquello que existe por sí y en sí, cuya esencia implica su existencia. Es por tanto eterna, causa sui, e infinita en tiempo y espacio.

Por su parte, el *deísmo* fue la concepción mayormente asumida por la modernidad ante el problema de la existencia de Dios, y resultaba una postura “cómoda” para los filósofos, por cuanto admitía la creación del mundo por Dios a partir de la nada, pero aclaraba que, una vez creado el mundo y puesto en movimiento por el ser divino, de modo semejante a como el gran relojero pone en marcha infinitos relojes cuyos mecanismos trabajan por sí mismos, Dios no podía ejercer ninguna influencia sobre los objetos de su creación, sino que éstos se movían por leyes propias, inherentes a la naturaleza. Es por esta razón, que al deísmo se le ha definido como una suerte de “religión racional”.

Esto conduce a la concepción martiana de Dios, la cual resulta sumamente interesante. Para Martí:



“(…) el verdadero Dios impone el trabajo como medio de llegar al reposo, la investigación como medio de llegar a la verdad, la honradez como medio de llegar a la pureza. ¡Qué alegre muere un mártir! ¡Qué satisfecho vive un sabio! Cumple con su deber, lo cual, si no es el fin, es el medio”.²⁹

“Tampoco podremos preguntar a la fe –expresa– por cuanto en su nombre se ha mentido mucho. Se debe tener fe en la existencia superior, conforme a nuestras soberbias agitaciones internas; en el inmenso poder creador, que consuela; en el amor, que salva y une; en la vida que empieza con la muerte (...). Pero la fe mística, en la palabra cósmica de los Brahmanes, en la palabra exclusivista de los Magos, en la palabra tradicional, metafísica e inmóvil de los Sacerdotes; la fe, que frente al movimiento de la Tierra dice que se mueve de otra manera; la fe, que condena por brujos a Bacon y a Galileo; la fe, que niega primero lo que luego se ha visto obligada a aceptar; esa fe no es un medio para llegar a la verdad, sino para oscurecerla y detenerla; no ayuda al hombre, sino que lo detiene; no le responde, sino que lo castiga; no le satisface, sino que lo irrita (...) Los hombres libres tenemos ya una fe diversa. Su fe es la eterna sabiduría. Pero su medio es la prueba”.³⁰

Se trata de lo que Martí llama la “fe científica”, y con ella, subraya, “se puede ser un excelente cristiano, un deísta amante, un perfecto espiritualista (...). Para creer en el cielo, que nuestra alma necesita, no es necesario creer en el infierno, que nuestra razón reprueba”.³¹

Y continúa, presentando su definición sobre la naturaleza:

“¿A quién debemos preguntar entonces? –A la Naturaleza. Y, ¿qué es la Naturaleza? –El pino agreste, el viejo roble, el bravo mar, los ríos que van al mar como a la Eternidad vamos los hombres: la Naturaleza es el rayo de luz que penetra las nubes y se hace arco iris; el espíritu humano que se acerca y eleva con las nubes del alma, y se hace bienaventurado (...). Naturaleza es todo lo que existe, en toda forma, espíritus y cuerpos; corrientes esclavas en su cauce; raíces esclavas en la tierra; pies, esclavos como las raíces; almas, menos esclavas que los pies. El misterioso mundo íntimo, el maravilloso mundo externo, cuanto es, deforme o luminoso u oscuro, cercano o lejano, vasto o raquíutico, lícuoso o terroso, regular todo, medido todo menos el cielo y el alma de los hombres es Naturaleza”.³²

29. José Martí, *Obras Completas*, Ed. Cit., t. 19, p. 363. (En adelante: O. C.)

30. José Martí. O. C., Ed. Cit., t. 19, p. 363.

31. José Martí, O. C., Ed. Cit., t. 19, p. 363.

32. José Martí, O. C., Ed. Cit., t. 19, p. 364.



Esta concepción sobre Dios y sobre la naturaleza, coincide en muchos aspectos con el panteísmo y el deísmo ya mencionados, y por otra parte, guarda cierta relación con algunas concepciones expuestas por la Teología de la Liberación Latinoamericana, que fuera sin duda, la vertiente más importante del pensamiento filosófico-religioso latinoamericano en la segunda mitad del siglo XX. Pudiera fundamentarse suficientemente la presencia del legado filosófico martiano, en este movimiento filosófico-teológico, que alcanzó su mayor auge en la década de 1980 y cuyos líderes intelectuales fueron, el peruano Gustavo Gutiérrez y el brasileño Leonardo Boff. Ellos sintetizaron como máximos exponentes, los presupuestos de partida de esta importante corriente de pensamiento en sus respectivas obras: *Teología de la Liberación. Perspectivas*, e *Iglesia: Carisma y Poder*.

Hace algunos años, Fidel Castro, en el conocido libro *Conversaciones con Frei Betto*, definía la Teología de la Liberación del siguiente modo:

“Yo podría definir la Iglesia de la Liberación o la Teología de la Liberación, como un reencuentro del cristianismo con sus raíces, con su historia más hermosa, más atractiva, más heroica y más gloriosa, de tal magnitud que ello obliga a toda la izquierda en América Latina a tener eso en cuenta como uno de los acontecimientos más fundamentales de los que han ocurrido en nuestra época. Lo podemos decir así, porque tiende precisamente a privar a los explotadores, a los conquistadores, a los opresores, a los interventores, a los saqueadores de nuestros pueblos, a los que nos mantienen en la ignorancia, en las enfermedades, en la miseria, del instrumento tal vez más precioso con que puedan contar para confundir a las masas, engañarlas, enajenarlas y mantenerlas en la explotación”.³³

Al respecto, resulta importante la afirmación de Carlos Rafael Rodríguez, al expresar que “Martí fue un religioso, sin religión”.

Con solo 18 años de edad, nuestro apóstol fue acusado de infidente por las autoridades españolas y condenado al presidio político en Cuba por sus actividades patrióticas. Martí descubre a Dios en el sufrimiento humano, cuando y en uno de sus escritos juveniles expresa cual visionario: “El orgullo con que agito estas cadenas, valdrá más que todas mis glorias futuras; que el que sufre por su patria y

33. C. A. Libanio Christo (Frei Betto) *Fidel y la Religión*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana 1985.



vive para Dios, en este u otros mundos tiene verdadera gloria”.³⁴ (...) “El martirio por la Patria es Dios mismo”.³⁵

Por todas estas razones, resulta indiscutible, la vigencia y actualidad del ideario del apóstol en los inicios del siglo XXI. Martí está hoy más que nunca entre nosotros. En las masas indígenas de América Latina, en los niños que leen y disfrutan *La Edad de Oro*, en el amor al prójimo, en la solidaridad entre nuestros pueblos, en el ideal de perfeccionamiento humano, en el arte, en la poesía, en nuestra filosofía, en las ciencias, en la fe, en el Dios de los oprimidos y los desposeídos, en la educación, en la religión, en el ideal de justicia y en la lucha por el bien común.

34. José Martí, O. C., Ed. Cit. t. 1, p. 54.

35. José Martí, O. C., Ed. Cit. t. 1, p. 61.